

ESTUDIOS y NOTAS

LA OTRA DEMOCRACIA

Las consideraciones que siguen, más que a una estructura doctrinal, responden a una preocupación que afecta a principios y a hechos tan obvios como huidizos. Hace ya más de un siglo que, en torno a la democracia, planteáronse y mantiénnense planteadas infinidad de distinciones. Decir a secas «democracia» no es decir nada. Estamos ante un término tan mixtificado, tan acribillado por los de enfrente, tan corrompido por los de dentro, que requiere una rigurosa adjetivación para entendernos; y aún así, sobrevienen tremendas sorpresas en la teoría y en la práctica.

En estas mismas páginas, hace años, hube de recordar cómo Balmes, a mediados del siglo XIX, mitigando ciertas aristas contrarrevolucionarias, advertía que en la historia de Europa marchaban paralelas dos democracias de signo muy diverso: la engendrada por el Cristianismo, bien avenida con la Monarquía tradicional, y la incubada por la reforma. De Balmes acá la historia ha ido confirmándolo, y hoy resulta difícil confundir de buena fe la democracia basada en el reconocimiento de la dignidad del hombre y en la primacía del bien común, y la que, montada sobre la «voluntad general» rusioniana, anda fluctuando entre el despotismo acéfalo y la anarquía, entre la maniobra de grupo y el estallido multitudinario, incapaz de conciliar dos principios básicos, la libertad y la autoridad, entre los cuales hay, más que posibilidades mezquinas de conciliación, correlación profunda.

A estas alturas solemos ponernos en guardia contra las palabras altisonantes, y al propio tiempo tratamos de salvar la verdad que queda en ciertas expresiones, luego de desechado su énfasis. Cuando se habla de «soberanía nacional», sabemos que la opinión pública no es precisamente su más clara expresión, pero que, aunque *no redacta*, tampoco es desdeñable; que llegan trances en que su aliento o su reprobación son certeros y decisivos; que hay un derecho irrenunciable a la verdad y un deber de veracidad ineludible en la esfera pública como en la privada; que gober-

nar en bien del pueblo no es considerarlo sujeto pasivo del poder. Y cuando se nos habla de libertad, pensamos que la verdad es su genuino resorte, y seguimos pidiendo lo que difícilmente podrá ya expresarse mejor: «menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre». Y comprendemos que el ejercicio de esa libertad, al que en ocasiones renunciaríamos de grado a cambio de ciertos bienes, implica no sólo un derecho, sino un arduo deber.

Pero vengamos a lo nuestro, partiendo de un principio, a veces olvidado de puro sabido: el de la compenetración y las mutuas influencias entre lo político y lo social.

El poder político ha de ser expresión de un poder social; la auténtica autoridad política tiene raíces sociales; las formas políticas son instrumento de vida social; en toda cuestión política late una cuestión social; las mismas revoluciones que aparecen enarbolando una bandera política descubren presto sus objetivos sociales. No hay por qué remontarse a los textos de Balmes o de Donoso: podríamos ceñirnos a políticos y tratadistas de signo tan divergente como Oliveira Salazar y Harold Lasky.

Este principio reclama entre nosotros, so pena de fraude, singular atención. «Toda forma política en España —ha dicho el Caudillo— ha de subordinarse a la realización y permanencia de nuestra revolución nacional.» ...«El Movimiento traía un sentido nuevo de la vida». Toda forma política, pensémoslo, en tanto se justifica en cuanto sirve a esa revolución de fondo, allende cualquier subterfugio: «Nuestra revolución —apuntan los textos fundacionales— es la del espíritu contra la materia, de la armonía contra el número, de la calidad contra la cantidad...; de la nación viva contra un pueblo sin alma.» ...«Mucho cuidado con eso del Estado corporativo; mucho cuidado con todas esas cosas frías que os dirán muchos, procurando que nos convirtamos en un partido más... *Nosotros no satisfacemos nuestras aspiraciones configurando de otra manera el Estado. Lo que queremos es devolver a España un optimismo, una fe en sí misma, una línea clara y enérgica de vida común...*»

Estos textos son susceptibles de precisiones, pero expresan con toda claridad un empeño. Ya sé que es más fácil mudar las leyes que las costumbres, que hay fenómenos de mimetismo imponderables, que bajo cualesquiera formas y situaciones proliferan los siete pecados capitales en la vida social, como retoñan en la

individual. Pues bien, he ahí el problema, cuya gravedad es notoria, y cuya solución depende de todos y de cada uno, bajo esa responsabilidad intransferible que gravita en todos nuestros pasos. Hemos dejado atrás unas formas demoliberales, reducidas primero por la crítica, liquidadas luego por la conciencia nacional, aventadas por el último parte de guerra hace dieciocho años. Hemos visto caer a sacudidas de cañón teorías y tópicos podridos. Pero, ¿qué pasaría si, al superar una forma política, no supiéramos ajustar sus correlatos sociales? *¿Qué significaría una depuración política que no implicara una depuración social, una mayor perfección en los modos de la convivencia, una conciencia más aguda de la comunidad? ¿De qué nos serviría habernos salvado de la demagogia política, si se nos infiltraba subrepticamente un aplebeyamiento, un achabacanamiento social?*

Cuando denunciarnos los males de la democracia liberal, denunciamos, entre otros yerros y vicios:

a) La supeditación de la verdad a la mera opinión, del intelecto a la voluntad y al sentimiento, hasta caer en un relativismo axiológico que, desentendido de toda norma trascendente, desvirtúa la esencia misma de la justicia.

b) El riesgo de una atomización que convierta la comunidad en multitud, con el consiguiente peligro de oligarquías que tiendan a personificar la Patria y sacrifiquen el bien común al de una clase o al de un grupo.

c) La crisis de moralidad, de ejemplaridad, determinada por la idea corrosiva de que nuestra defección apenas significa nada dentro del desinterés general, o que nuestro esfuerzo será estéril. En otros términos, la «desmoralización».

Es incuestionable que hoy, entre nosotros, allí donde habla la conciencia nacional, tiéndese a conjurar tales riesgos. Pero en la urdimbre de la vida cotidiana el riesgo acecha bajo mil formas, porque es la naturaleza misma del hombre la que está ahí, necesitada de un constante cuidado. Esta cautela, que comienza por uno mismo antes de mirar al prójimo, se nos impone concretamente frente a los fondos sociales de que se nutren aquellas formas y frente a cuanto pueda viciar o malograr una política que va mucho más allá de la mera mudanza en la configuración exterior de un Estado.

Sin resumir siquiera las ideas que pueden servir de contrapunto, reitero la convicción de que muchas de las anomalías ac-

tuales se deben a la situación amorfa de la mayoría de los pueblos. Seguimos manejando cómodamente los esquemas clásicos, la terminología tradicional, pero la realidad los desborda. Hablamos de naciones, y en muchos casos fuera más exacto hablar de multitudes, que mantienen por inercia ciertas estructuras formales, pero vaciadas de auténtica convivencia, de esa comunión de verdades y de ideales, de esa unidad de destino y de estilo que, dentro de la universalidad histórica y de la holgura interna que ha de darse en la Nación, caracterizan la verdadera comunidad nacional. Aparte el hecho flagrante de que en el mundo actual hay sedicentes naciones que son grandes campos de concentración, y de que la última guerra mundial había de dejar más carga de resentimiento que de ideales, entiendo que nos hallamos en la culminación de un proceso multitudinario, al que la postguerra dió singular patetismo, pero que arranca de mucho antes: del relativismo filosófico y del individualismo liberal.

El relativismo filosófico engendró una política alicorta, que acabaría profesando una noción negativa del orden. En el fondo de esa inanidad había un sentido mezquino de la libertad y de la verdad, una dialéctica pragmática, dispuesta siempre a equiparar la razón y el éxito, cuando irremisiblemente está condenada al fracaso cualquier política en cuyas raíces no haya amor a la verdad. So pena de quedarnos donde Maquiavelo, pensando que es preferible fingir las virtudes a tenerlas. So pena de pensar que pueda alumbrarse una gran política sin el previo alumbramiento de una gran fe. No hay auténtica comunidad sin espíritu de verdad, sin convivencia en ella. La sociabilidad misma del hombre queda quebrantada radicalmente con la mentira. Más allá de la ilicitud de la mentira está la necesidad ontológica de la verdad. La sociedad subsiste y se acrecienta en la medida en que la verdad prevalece sobre la mentira.

Por otra parte, el individualismo político fué desmontando la natural inserción humana en las instituciones, provocando, mediante un proceso de todos conocido, el desarraigo y la despersonalización, la descalificación del hombre. Alguna vez lo hemos advertido: la escalofriante definición del hombre, atribuida al comunismo —«la unidad resultante de dividir un millón por un millón»— es netamente demoliberal; el comunismo se ha limitado a desarrollar, con su magnífico desenfado, la fórmula, hasta sus últimas consecuencias. Por eso, tampoco es cierto que el co-

munismo haya provocado el caos, sino más bien lo contrario: la situación caótica del mundo es la que deja desvalido un continente y presta entonces dimensiones apocalípticas a la amenaza comunista. Precisamente esta amenaza es la que está prestando cierta unidad, siquiera negativa, a los pueblos occidentales.

Pues bien, en semejantes trances requiérese una ideología certera, sin la cual no hay un ideal operante, e instituciones y hábitos sociales que fomenten la auténtica convivencia, allende cualesquiera vicisitudes. Bien entendido que el refuerzo de las intuiciones y el de la personalidad se implican. Cualquier despiste en este terreno conduce, incluso bajo formas aparatosamente orgánicas, a un desenlace multitudinario.

Ejemplo.—Ciertos regímenes trataron de atajar en determinados pueblos la desintegración política, reforzando la autoridad y proclamando la primacía omnímoda de la comunidad sobre el individuo. La necesidad de obediencia que siente el hombre, tan viva al cabo como la necesidad de libertad, facilitó el proceso y pareció que se había dado con la solución. Librenos Dios de dar lanzadas a moro muerto; librenos Dios de la exasperante ligereza o del encono con que incluso algunos tratadistas han examinado *a posteriori* la cuestión, sin reconocer cuanto allí había de remedio heroico, de cura de urgencia. Pero lo cierto es que pronto cupo ver los fallos. La guerra aceleró el fracaso. Pero, aun al margen del desastre bélico, las formas consagradas del totalitarismo hubieran fracasado por su fondo pragmático, por su empeño en forjar una dogmática y una mística panteístas, donde el Estado absorbía al hombre, y *por haber mixtificado las instituciones sociales, recreándolas artificialmente*, hasta el extremo de quedar desplazada la *opinión pública* por la *opinión oficial*, mediante una propaganda fraudulenta.

El afán de *unidad* llevó a pretensiones de *uniformidad*, y siguió operando sobre masas y masificando a las gentes mediante símbolos y gritos simplistas. Los observadores seguían registrando movimientos pendulares extremos, polarizaciones efímeras, disgregaciones poligonales, todo el cuadro clínico de los procesos multitudinarios. Porque aquella autoridad, pese a las apariencias, cerníase sobre una multitud; uniformada, pero multitud; dispuesta a una espectacular unanimidad cuando el jefe pulsaba ciertos resortes primarios, pero propensa a la desbandada y cuando esos resortes desaparecieran o desapareciera el jefe.

El Estado tendía a restaurar las instituciones, pero la extrema tutela acabó prestando a esas instituciones una entidad ilusoria y convirtiéndolas en una rueda más del mecanismo político sin asegurarse de su efectividad social. ¿Cómo recurrir luego a ellas, en el trance crítico, si no tenían otra fuerza y raigambre que la de ese mismo poder que iría en ellas a ampararse? Otra vez los medios convertidos en fines. Y así fuimos viendo cómo cundía la tónica del mismo esfuerzo; cómo se confundían torpemente la disciplina y la irresponsabilidad; cómo las estructuras estatales degeneraban en un totalitarismo burocrático, que no consiste en que haya más o menos funcionarios, sino en que éstos pierdan su conciencia de servicio; cómo agrupaciones constituidas para servir a ideales puros de justicia y de fraternidad apelaban a la mentira, a una propaganda que no engañaba ni a los de fuera ni a los de dentro; cómo, en fin, quedaba relegada al olvido una noción clásica, la de *lealtad* —lealtad para el elogio, lealtad para la censura— hasta resolverse todo por la tremenda. Llegóse entonces a esa desmoralización provocada, más que por inmoralidades concretas, por un clima de ficción. Llegóse a esa situación insostenible que no dejaba ya términos medios entre la sumisión incondicional y la defección, entre la adulación servil y la inhibición radical.

Con la agravante de que, a la hora de la verdad, los descontentos, los incómodos, eran los únicos en quienes pudo confiar aquel poder: porque los niños mimados del régimen se habían permitido ya todos los lujos, desde el enriquecimiento hasta la traición, pasando por los consabidos chistes y chismes.

¿Clave de este desmoronamiento que, insisto, la derrota se limitó a acelerar? El olvido de que el hombre y las instituciones se desenvuelven en un juego de prestaciones mutuas; de que nuestra personalidad, lejos de anularse, queda acrecentada merced a las instituciones donde se inserta, y a su vez esas instituciones, comenzando por el propio Estado, han de recibir de la personalidad humana su savia vital. Nuestros juristas clásicos cuidaron de advertir que no somos cada cual mera parte de un todo, que el hombre no se ordena a la comunidad según todo su ser, entre otras razones porque el alma ya aquí en la tierra está asomada allende lo terreno, porque, aun viviendo al filo del tiempo, medio vive ya en la eternidad. Pero cuidaron también de recordar a súbditos y a príncipes que el egocentrismo, antes que pecado,

es miopía y mal negocio: porque ni cabe salvar la comunidad desdeñando los valores individuales, ni hay tampoco arcas individuales para que los egoístas se salven a costa del prójimo. A la larga se hundén todos.

No cabe optar entre la sociedad y la selva rusioniana, sino entre ser persona dentro de la comunidad, o pieza anónima de una multitud. El gran problema cotidiano estriba entonces en salvarnos de cuanto huela a multitud, sin caer en la soberbia de hurtarnos a la comunidad. Bien entendido que nadie puede quedar tampoco en indolente espera, aguardando que pase la comunidad perfecta, para subir a bordo: esa comunidad perfecta, mientras la hayamos de constituir los hombres, no pasará nunca; somos nosotros, cada cual en su puesto, por ínfimo que fuere, quienes estamos obligados a forjarla.

Importa entonces calibrar lo que significan, no ya los grandes delitos, sino las inhibiciones habituales, la dejación del sentido de la responsabilidad, la inmoralidad profesional, el eclipse de esa confianza mutua en que se basa la convivencia. Aquí como en la vida de la gracia, es más funesta la defeción habitual que la caída grave de un día. Muchas de las consideraciones hechas por San Juan de la Cruz en la Parte Primera de la *Noche oscura* podrían aplicarse a este propósito.

Ponderemos, por ejemplo, la rémora que implica, en una sociedad sedicente cristiana, el haber creado «un tipo de cristiano pobrísimo en virtudes sociales», el soportar un clima donde —digámoslo con un ilustre Prelado— «zonas muy extensas de nuestra sociedad practican de manera deficientísima la caridad, y hasta carecen del verdadero sentido de la justicia». Es muy difícil, es tarea abrumadora pretender neutralizar desde el Estado esa «aguda inconsciencia colectiva», ese desenfreno de ambiciones, que no suelen pasar de vulgares codicios, ese sistemático fraude al bien común. Pero el Estado ha de evitar por todos los medios el fomentarlas.

¡Qué trecho entre ciertas verdades admitidas, puestas en circulación, y la verdad profesada, entre el asentimiento pasivo y la auténtica veracidad! Fray Antonio de Guevara, en su *Reloj de Príncipes*, pone en boca del villano del Danubio esta irónica lamentación, que nunca perderá actualidad: «Yo veo que todos abominan de la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre; todos condenan el adulterio, y ninguno veo continente; todos loan la

paciencia, y a ninguno veo sufrido; todos reniegan de la pereza, y a todos veo que huelgan...; que con la lengua todos blasonan de las virtudes, y después con todos sus miembros sirven a los vicios.»

El porqué lo sabe cualquier psicólogo: porque la pasión nos impide discernir en el caso particular los principios que reconocemos por modo universal. De ahí lo inicuo de tantas conversaciones y declaraciones y protestas. Allí hay acuerdo; donde fallamos es en el paso de la afirmación general al trance particular. Y frecuentemente el interés, la minuciosidad escrupulosa con que solemos entregarnos al estudio de los principios no es más que el pánico a encararnos con su aplicación concreta. El problema no es de ciencia, sino de conciencia. Nadie negará que el bien común debe orientar nuestra conducta; pero, al administrar nuestra empresa, al ejercer nuestra actividad profesional, al plantearnos el problema mismo de nuestra vocación, al proyectar gastos y ahorros ¿en qué remoto desván queda arrinconado aquel principio? Entre cristianos, que rezamos el Padrenuestro, ¿qué vivencia del bien común será la nuestra, si nos enquistamos en un individualismo atroz hasta en ese orden de la gracia?

Pensemos ahora en ciertos rasgos de un ambiente que va royendo la naturaleza específica del hombre, y que no, por generalizados, dejan de ser lamentables: prisas, atolondramiento, invasión del ruido en zonas tradicionalmente silenciosas, entontecimiento progresivo de las normas sociales, sistemática evasión de la órbita del alma a la del cuerpo, desvirtuación de las palabras, acumulación de adjetivos desaforados, sin duda porque los sustantivos que pretenden apuntalar amenazan ruina, reducción sintomática del léxico, que implica enrarecimiento ideológico, envilecimiento de las cosas más nobles, hasta llegar a ese trastorno mental que supone, por ejemplo, calificar de despampanante la Novena Sinfonía y de divina una salsa, clima publicitario, allende los lindes del bien y del mal, allende la conciencia de los propios límites, sin otro afán ni norma que el éxito fácil e inmediato.

Por ahí se va a una civilización de signo anticlásico, en que la incultura le puede a la cultura, en que el latín y el griego pueden un día quedar arrinconados como una rémora, y las Universidades mendigar la facultad de unas enseñanzas técnicas como si lo otro ya no tuviera justificación. Vivir plenamente el hoy no es renegar del ayer. Pero no vamos a entrar en este punto. Nos quedamos.

modestamente, en la consideración de que todo eso, convertido en atmósfera, determina una angostura, un achatamiento, una demagogia por erosión, cuya gravedad es flagrante. Y todo eso está ahí, abriendo brecha, entorpeciendo los pasos, enturbiando la pureza de intención, aprovechando nuestras fugas y desalientos, en la zona misma de fricción entre lo individual y lo social, buscando la complicidad activa o pasiva de la persona convertida en fragmento de una masa.

No entro, insisto, a considerar las consecuencias en el orden estricto de la cultura, del legado cultural que puedan esperar las nuevas generaciones. Me limito a subrayar el peligro de esa *otra democracia*: la de una sociedad que redujera la convivencia a mero cálculo, que, después de rechazar y superar ciertas formas políticas, malograra su destino por no haber remediado los vicios de fondo, por haberse quedado los mejores envueltos en la fraudulenta mediocridad de los otros.

Lo que en definitiva pide de nosotros la Patria es lo que pide la Providencia: fidelidad ejemplar y edificante. Fidelidad más allá de lo epidérmico, de simpatías y antipatías, de fobias y mesianismos, capaz de un sondaje implacable en la conciencia —«*¡Gewissen, nicht nur Wissen!*»— cada vez que algo suene a hueco en nuestra vida. Un sondaje en esos reductos de la conciencia, donde no hay modo de separar la responsabilidad individual de la social, la moralidad profesional de la moralidad a secas, nuestra suerte de la del prójimo. Donde hay que pedirle perdón al Señor todos los días por tantas omisiones, por tantos escándalos, por nuestra parte de culpa en las culpas de los demás. En esos reductos de la conciencia, donde la fortaleza, infinitamente más allá de la fuerza, se nutre de abnegación y de humildad. En definitiva, de verdad.

JOSÉ CORTS GRAU

